

## CINE CERVANTES por José Francisco Sierra Castillo

*Arjona, finales de junio de 1962.*

*“Nunca sabré cómo tu alma ha encendido mi noche. Nunca sabré el milagro de amor que ha nacido por ti. Nunca sabré por qué siento tu pulso en mis venas...”*

A través del viejo transistor que presidía la mesa de la cocina, la voz de Gloria Lasso intentaba abrirse paso aquella tarde de verano recién estrenado. El aire gravitaba tan pesado que le costaba conquistar los pulmones. Al comenzar los primeros acordes de *Luna de miel*, Pedro giró la ruedecilla y subió el volumen; aquella canción era su debilidad.

Había dado buena cuenta de su plato de picadillo, cuyo fondo brillaba reluciente tras haber sido sopado convenientemente con el pan. Ahora disfrutaba de una tajada de melón, fresca y olorosa, mientras observaba a su esposa a través de la puerta acristalada del patio. Pepita aparecía a contraluz, regando las macetas bajo un sol moribundo que se hundía exhausto tras los olivos. La decadente claridad perfilaba su figura, transformada por un embarazo que ya pesaba en demasía. Aunque había salido de cuentas, no paraba quieta. Él la reñía por puro protocolo, sabiendo que sus consejos se perdían en el limbo.

—Pepita, córtame otro trozo de melón; es almíbar puro.

—Ni hablar. Ya sabes lo que te dijo el doctor: como te pases, te sube el azúcar y no hay quien lo baje —le reprochó ella con la ternura de quien era incapaz de enfadarse. Tenía el alma limpia.

Pedro resopló dibujando una media sonrisa. Se incorporó, apagó la radio y se vistió con la camisa blanca de manga corta que aguardaba en el respaldo de la silla.

—¿Dónde está Pili? —preguntó mientras se ajustaba el cinturón.

—Se fue con sus amigas.

—¿Y el niño?

—Por ahí arriba, dando tiros como siempre.

—Me tengo que ir ya. Esta noche abrimos el cine de verano y aquello no se monta solo. Por lo que más quieras, siéntate. Y si hay novedades, mándame recado; no sea que la criatura decida salir justo cuando su padre no esté.

Pedro se aseó, limpió sus pequeñas gafas redondas y se dirigió al recibidor, embocando las escaleras que subían a la planta superior.

—¡Paco, baja ya, que nos vamos! —gritó.

—¡Voy! —sonó una voz infantil y obediente.

Un niño moreno, de piernas escurridas y rodillas desolladas, bajó las escaleras de dos en dos mientras se guardaba en el bolsillo un pequeño libro de tapas gastadas.

—¿Qué lees ahora?

—*Los dos sheriffs* de Marcial Lafuente Estefanía. Me la ha traído el primo José Luis de Madrid. Pero se la tengo que devolver cuando la termine, dice que es su favorita.

—¿Va a venir a echarnos una mano esta noche? No lo he visto por el pueblo, ni a él ni al tío Manolo. Con este calor no hay quien salga de casa.

—Sí, ayer me dijo en el Paseo que estaba deseando ir al cine.

Salieron a la calle Sol, donde las vecinas plantaban sus sillas de enea para tomar un fresco que todavía no existía. Enfilaron la calle de los Mártires.

—Papá, ¿qué película echamos hoy? *Los siete magníficos* está llenando todas las salas —soltó Paco ilusionado.

—No. Esa para más adelante. Hoy estrenamos con *Tres de la Cruz Roja*. Verás qué risa.

—Buah, a mí esa no me gusta. No hay indios ni vaqueros —protestó el niño, arrugando el gesto.

—¡Sí salen Tony Leblanc y José Luis López Vázquez! Acuérdate de lo que te digo: te va a encantar —le aseguró Pedro mientras acariciaba las llaves del cine guardadas en el pantalón.

Bajaron por la empinada cuesta de la calle Pintor Ramírez, en vez de continuar por el camino habitual. Paco se detuvo, extrañado.

—Papá, ¿no vamos al cine?

—Sí, hijo. Pero antes pasamos por Casa Domingo a echar un vino para templar el ánimo, que falta nos va a hacer.

El bar de Domingo olía a rancio, a serrín húmedo y a picadura de tabaco. Al fondo, hombres de manos ajadas y piel curtida por el sol terminaban una partida de dominó. Levantaron la mirada de las fichas, saludando al enarcar las cejas, como hacen los que no necesitan palabras para decírselo todo.

—Dios guarde —saludó Pedro—. Domingo, ponte un chatillo, que estamos en el cine en cinco minutos.

Se acodó en la barra de madera, desgastada por miles de vasos y confesiones.

—Eso está hecho. ¿Y a Paco “tebeo”, qué le ponemos? —preguntó el tabernero con sorna mientras el niño sacaba el libro del bolsillo y retomaba la lectura con avidez.

—A él un sifón fresquito.

Paco agarró la botella sintiendo el frío del cristal entre las manos y apretó la palanca. El chorro de burbujas siseó en el vaso como un latigazo en el silencio de la tempestad. Bebió aquel cosquilleo como si fuera el elixir de los dioses. Se prometió que, de mayor, seguiría bebiéndolo.

—¿Has visto a Lope? —preguntó Pedro mientras el vino peleón le rascaba la garganta.

—Sí, por ahí anda hecho un manojo de nervios. Deberíais daros prisa; asómate a la puerta y mira el gentío que hay ya. Venga, arreando, que a esta invito yo.

Se terminó el vino de un trago y se limpió el bigote. Padre e hijo salieron del bar en dirección a aquella bulla ruidosa y ansiosa de película que se concentraba a las puertas del cine con sus almohadillas bajo el brazo. En la taquilla lucía el cartel de **«ENTRADAS AGOTADAS»**. Al abrir, el frescor del vestíbulo los recibió con un agradable abrazo. Dejaron a un lado la sala de invierno, y se dirigieron al cine de verano. Allí, Lope, con una sonrisa de oreja a oreja, terminaba de disponer las sillas de tijera con la liturgia de un sacristán. Las paredes lucían radiantes recién encaladas, y el aroma acre del zotal custodiaba el ambiente como un guardián invisible contra los roedores.

—¿Cómo está hoy el señor gerente? —bromeó Lope. Había confianza entre ellos, pero el hilo del respeto nunca se acababa de romper—. Con este bochorno se van a derretir hasta las sillas.

—Déjate de bromas, Lope, que hoy tenemos mucha tarea. ¿Y José Luis?

—En el ambigú, ayudando a cargar las espuelas de hielo con los refrescos y abriendo bollos. ¡Va a venir todo el pueblo y hacen falta bocadillos para un regimiento!

Pedro dio instrucciones a Paco para que ayudara a su primo y se centró en lo importante. Lope se había encargado del trabajo sucio: había subido a pulso las latas de metal con los rollos de película, colocado los carbones nuevos en sus pinzas y limpiado la lente. También se había asegurado de que el altavoz del patio no tuviera ni una mota de polvo tras todo el invierno. Sin embargo, no se percató de que uno de los viejos cables del sonido estaba unido por un solo hilo mal rematado a punto de deshacerse.

Subió a la cabina. Al accionar el interruptor, la luz amarillenta iluminó su santuario. Vigilando su regreso, las miradas desafiantes de *Ben-Hur*, *el Cid* y el mismísimo *Espartaco*, le trenzaron una silenciosa bienvenida. Allí dentro el aire era tan denso que podía palparse con los dedos el olor a aceite, ozono y celuloide. Sintió cómo se le erizaba el vello por la emoción. Aquel diminuto habitáculo era el refugio donde el tiempo se detenía entre bobinas.

—¡Lope! —gritó—. Di a los niños que den aviso y abran las puertas. Y refresca un poco aquí abajo, que hoy la cabina va a ser una caldera.

La gente comenzó a entrar atropelladamente. Se escuchaban voces alegres y cantarinas; el buen humor se palpaba en el ambiente. Pedro cargó el primer rollo, con el pertinente NO-DO empalmado. Enhebró la película por los rodillos, hizo saltar el arco entre los carbones con un chasquido eléctrico y un resplandor cobalto, abrió las mirillas y la magia llegó hasta la pantalla que lo enfrentaba. Sonaron las fanfarrias, pero... ¡el sonido rateaba!

El público comenzó a abuchear; no se entendía nada. Salió de la cabina como un huracán buscando el altavoz colocado en el tejadillo de la cabina. Cogió una escalera y, jugándose el puesto y el tipo, se subió. Era una imprudencia dejar el proyector a solas. ¿Dónde demonios estaba Lope? Examinó el cable que llegaba hasta el altavoz, lo siguió con los dedos de un extremo a otro mientras la gente cada vez se ponía más y más nerviosa. Se oían los primeros silbidos... hasta que, ¡por fin, lo vio! Casi al final, en el extremo del altavoz, el cable, cuarteado por el sol, se había deshilachado.

—¡Paco! ¡Sube aquí! ¡Ya!

—¿Qué pasa, papá? ¡No se oye!

—El cable está suelto, no tenemos tiempo para soldarlo —le explicó Pedro—. Pon aquí el dedo y, por lo que más quieras, no sueltes o nos corren a gorrazos.

Paco apretó con las yemas de su índice y pulgar el cable. Sintió un hormigueo eléctrico que le recorría el antebrazo como si la propia película fluyera por sus venas. Experimentaba cómo el calambre lo atravesaba de un extremo a otro, pero apretó los dientes, orgulloso de mantener al pueblo hechizado frente a la pantalla. Al instante, se escuchó una sonora ovación a la vez que el sonido volvía. Pero el niño no estaba muy convencido.

—Papá, ¿tengo que estar así toda la película? Que me está dando una cosa muy rara por el cuerpo...— respondió el niño con el brazo vibrando.

—Hijo mío, por lo que más quieras, no sueltes. Si sueltas el dedo, nos quedamos mudos y el pueblo nos quema el cine —intentaba animar Pedro a su hijo desde una de las ventanillas de la cabina—. ¡Ah, Lope! ¿Dónde estabas? Me has dejado solo en el momento clave; ya hablaremos tú y yo con más calma.

Pero Lope estaba lívido. Regueros de sudor frío le surcaban la frente como hilos de ceniza.

—Pero, muchacho, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—Pedro... —balbuceó Lope señalando hacia abajo, con la voz quebrada por el pánico—. He visto algo debajo de la cabina mientras regaba. Se ha abierto un hueco y brilla algo... un bulto de hierro. Eso... eso es del 36.

Se sintió desfallecer y un vahído se apoderó de él. No podía ser. No. Tenía que ser una broma macabra del destino. No era el día, no era el momento. No. El cine lleno, su hijo ahí arriba... La película había comenzado, con los de la Cruz Roja en el Santiago Bernabéu y todo el mundo mirando boquiabierto... ¿Qué demonios tenía que hacer?

—Lope, muchacho, ¿estás seguro de que lo has visto? Que nos jugamos el trabajo, el cine y el pellejo.

—Que sí, Pedro; seguro. Eso es un mortero de la guerra.

Pedro dio un respingo de impresión. El aire de la cabina se volvió plúmbeo, irrespirable.

—Ve al cuartel y busca al sargento. ¡Corre! ¡Vuela! ¡Ya!

Lope salió como una exhalación en busca de la Guardia Civil. Pedro se quedó en su cabina masticando el agrio sabor del miedo; fuera, el pueblo reía con la película, ajeno al abismo que se abría bajo sus pies. Una carcajada colectiva sacudió las paredes del cine, ignorando que el eco de la risa era lo único que separaba aquel patio de la tragedia. Se sentía impotente; todo lo que podía salir mal, estaba saliendo. Se asomó por una de las mirillas y no vio personas, solo vidas que dependían de él. Y la más importante de todas: la de su hijo. ¿Podía pasar algo más? Estaba siendo el rigor de las desdichas. Entonces, José Luis, sin previo aviso, lo llamó desde abajo:

—¡Tío, la vecina! ¡La tía Pepita se ha puesto de parto! ¡Ya está la matrona en la casa!

Pedro tuvo que agarrarse al filo de la mesa para no caerse. El mundo, su mundo de orden y precisión, se estaba agrietando. Sí, todo podía ir a peor. ¿Qué tuerto lo había mirado aquella noche? Él no era supersticioso, pero el destino estaba echándole un pulso bronco, seco y a traición.

—Anda, José Luis, vete a mi casa y me vas informando. Ahora no puedo dejar el cine a solas; la tía seguro que lo entiende. Necesito que seas mis ojos allí. Sé que lo vas a hacer.

—Ahora mismo me voy, pero ¿qué hace ahí arriba Paco?

—Haciéndose un hombre en dos días. Vete.

José Luis también se fue, mientras los camilleros entraban torpemente al terreno de juego y la gente estallaba en carcajadas. «Que se rían más bajito...», pensó Pedro con el corazón golpeándole en las costillas.

Al poco tiempo apareció Lope, seguido de una pareja de guardias civiles. Primero entró el sargento: marcial y castrense. Emanaba autoridad. El charol de su tricornio destelló bajo la luz amarillenta, rompiendo la penumbra del cine con un brillo frío y metálico. Detrás, un joven guardia, Carrasco, aún imberbe, reflejaba en su cara la curiosidad asustadiza del recién llegado.

—A ver, Pedro, ¿qué está pasando aquí? ¿Qué es eso tan grave que este muchacho no nos ha querido decir? Como nos hayas hecho venir para tonterías de comediantes...— le espetó el sargento.

—Mi sargento, haga usted el favor de no alzar la voz; se lo digo por el bien de todos. Y asómese ahí abajo.

El sargento se puso en cuclillas, se asomó al agujero por el que se veía un pequeño resplandor y...

—¡Me cago en el copón de la baraja! —exclamó retrocediendo— ¡Carrasco! Esto es un pepino y lo demás son tonterías. Ándese con cuidado, que como esto despierte nos manda a todos a Escañuela sin necesidad de coger el autobús. Pedro, saca a la gente del cine ahora mismo.

—Pero, mi sargento, como la gente comience a salir, esto se va a mover y... el mortero... ya sabe lo que puede pasar. Y luego, que se va a enterar todo el pueblo; yo no sé qué es peor.

El sargento se quedó pensativo; miraba alternativamente a la pantalla, al público y a la bomba. Se podía oír el engranaje de su cerebro trabajando a marchas forzadas. Al final tomó una decisión.

—Carrasco, esto lo solucionamos tú y yo y salimos de aquí con medalla seguro. Lo que no sabemos es si nos la ponen en el pecho o en la tapa de la caja de pino. Vete, busca mantas, una caja y agua.

—Mi sargento, ¿dónde quiere que busque yo ahora eso aquí? Que como eso tenga el muelle suelto no nos da tiempo ni a rezar un avemaría.

—Pues lo pintas, Carrasco. Lo pintas, lo inventas o lo dibujas. Pero tráelo ya por lo que más quieras o te corrijo antes de saltar por los aires —le exigió el sargento, con la voz tensa como un alambre.

—Oiga, yo tengo aquí los sacos donde vienen guardados los rollos de las películas. Y en el bar le pueden dar una caja y un bidón de agua —Pedro les dio la solución.

—Se da cuenta, Carrasco; ahora es cuando hay que ser eficaz y eficiente; apúntelo en la cartilla del guardia civil.

Paco observaba la escena desde arriba, pero el sonido atronador del altavoz le impedía entender nada. Llamó a su padre:

—Papá, ¿qué hace ahí la Guardia Civil? ¿Qué pasa, que no me entero desde aquí arriba?

No le dio tiempo a contestar; José Luis llegó con noticias frescas desde la calle Sol.

—¡Tío, que ya ha nacido! ¡Un niño! Lloro como un verraco; dicen las mujeres que va a ser un buen bruto. ¡Anda, la Guardia Civil! ¿También han venido a ver la película? ¿Me puedo quedar aquí, tío?

—Mejor súbete y, si la tía necesita algo, encárgate tú —respondió Pedro con la voz quebrada, sintiendo que el pecho le iba a reventar entre la alegría del hijo y el pánico del hierro.

Al sargento se le agotaba la paciencia. Deseaba ascender en el escalafón. Lo que no había pensado era ascender por los aires de un bombazo. Tanteó en los bolsillos el paquete de Celtas. Sacó un pitillo y lo acomodó en la comisura de los labios, solo para saborear la amargura de la nicotina. Un mortero y el chispazo de un encendedor eran malos aliados. Carrasco llegó con lo solicitado, y cuando iba a comenzar la maniobra de extracción... concluyó el primer rollo y llegó el descanso.

—Carrasco, ponte aquí delante conmigo y que no vea nadie lo que hay aquí debajo, que tenemos un despertador de la guerra con muy malas pulgas. ¡Pedro, date bulla y pon el otro rollo o el cine cambia de barrio!

La gente pasaba por delante de ellos mirándolos extrañados, pero saludándolos con el respeto que el uniforme por sí mismo ya imponía. Eran queridos y respetados por honrados, a la vez que temidos por maleantes. Mientras, Paco pudo descansar de su agotadora tarea, y le pidió permiso a su padre para bajar del tejadillo.

—Ni se te ocurra, no sea que se mueva el cable y luego no puedas unirlo —le mintió Pedro, aterrorizado pensando siquiera que algo le pudiera pasar—. De ahí no te bajas hasta que no termine la película.

—Mire, tome nota de la cara de ese niño; eso es un servicio bien prestado. Si salimos de esta, recuerde que lo invitemos a una buena merienda en el cuartel —le dijo el sargento al joven guardia.

La película comenzó de nuevo. El sargento se puso manos a la obra con el temple de un experto. No se había visto en otra igual en su vida, pero compañeros veteranos le habían contado historias de la guerra, y sabía cómo tenía que actuar. O al menos eso creía. Y si no, tampoco iba a quedar nadie para contarle.

—Pedro, dame una cuña de las que tienes para calzar. Carrasco, cuando alce el mortero meta usted debajo, poco a poco, el saco empapado y le hace una cuna. Aguante el aire y no respire —susurró el sargento mientras introducía la punta del calzo bajo la panza oxidada del artefacto—. ¿Qué es ese ruido? Parece un gorgoteo.

—No, mi sargento; son mis tripas. No estaban preparados los torreznos que me he cenado para que hiciera de artificiero.

En esas apareció de nuevo José Luis. Pedro lo miró desconcertado. No podía creerse que algo malo le hubiera pasado al recién nacido.

—¡Tío, otro!

—¿Otro qué? —lo interrogó con el asombro asomándole al rostro.

—¡Otro niño! Este apenas llora. Dicen que este será más manso; se le nota ya desde ya. Me voy, no quiero que venga alguno más y me lo pierda.

Pedro estaba desenchajado. Tenía un nudo de sentimientos dándole bocados por dentro. Se secó el sudor con un pañuelo y se desplomó en la silla. De un golpe, la vida lo había hecho padre de cuatro hijos, y lo peor era saber que, en cualquier momento, podían ser huérfanos. Suplicó al cielo y se aferró a sus patronos. Si salían de allí, los recién nacidos se llamarían Bonoso y Maximiano, lo quisiera Pepita o no. Se santiguó, lanzó su promesa al infinito y dejó el trato hecho con el cielo.

Mientras, la gente disfrutaba y reía, ajena a lo que se estaba cocinando a su alrededor. Abajo una maniobra de precisión milimétrica se estaba llevando a cabo; les iba la vida en ello. Literalmente. El sargento había conseguido levantar el mortero lo suficiente para que Carrasco introdujera el saco empapado debajo de este.

—Ahora pulso de relojero y pies de plomo. Usted levante por aquel extremo y yo por este, y muy despacio posamos este bicho en la caja. Y no se mueva más que lo justo, que nos vamos a reír menos que en un entierro.

Muy despacio consiguieron extraer el mortero del hueco abierto debajo de la cabina y lo posaron muy lentamente dentro de la caja. El gentío desconocía que en ese momento se estaba diluyendo el futuro de cada uno. Solo Pedro, desde la cabina, era consciente de la gravedad del asunto. Paco, desde su atalaya, solo se preocupaba de que aquellos cables no claudicaran ante sus dedos entumecidos, sin llegar a saber que hacían esos guardias allí abajo agachados. Cuando el artefacto quedó bien apuntalado en la caja, el sargento se dirigió a Carrasco.

—Niño, coge tú de ahí y yo de aquí, y vámonos en procesión. Bien nos vendrían aquellos de la pantalla vestidos de la Cruz Roja para acompañarnos. Pedro, da gracias a quien le reces de que esto no haya reventado, ni hoy ni todos estos años atrás que ha estado guardado. Nosotros nos vamos, a ver qué hacemos con el bicho este.

Lentamente se incorporaron y se dirigieron hacia la salida. Mientras ellos salían, apareció de nuevo José Luis, jadeando, con la cara roja. Pedro, al verlo asomar, se tambaleó.

—¡Otro no, José Luis! ¡Dime que no viene otro que me tiro por la ventana! —gritó Pedro con la voz quebrada.

—¡Que no, tío, que no! —respondió el muchacho, recuperando el aliento—. Es que con las carreras se me ha olvidado el bocadillo de mortadela en el bar y tengo un hambre que me muero.

Pedro suspiró. De repente la adrenalina acumulada desapareció, y se sintió vencido por un cansancio infinito. En ese instante, un aplauso reverberó en el cine. La cinta había finalizado sin que él llegara a advertirlo. Encendió la luz, apagó el proyector y salió de la cabina. La gente comenzó a abandonar el cine, algunos imitando las caras de Tony Leblanc, otros riendo a carcajadas, todos felices ajenos a la realidad. Llamó a su hijo.

—Paco, anda, baja de ahí. Gracias a ti hoy hemos estrenado la temporada. Te voy a comprar tres novelas, y si quieres, además, un *Pulgarcito* para que leas a Mortadelo — le dijo mientras le revolvía el cabello cariñosamente.

—¿En serio? —preguntó el niño incrédulo. Sabía que el dinero era un bien escaso, y le sorprendió aquel derroche.

—Sí, tenemos mucho que celebrar esta noche. Lo primero que estamos vivos, que no es poco. Y ahora a recoger rápido, que tenemos que ir a conocer a Bonoso y Maximiano.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Paco, desconcertado—. Claro que estamos vivos, papá. ¿Qué estás contando? ¿Te pasa algo?

—Te tengo que contar una historia... pero prométeme que no le vas a decir nada a tu madre.

Salieron a la calle y, lentamente, cogieron el camino de casa. El aire de la madrugada, aún cálido, era el más puro que jamás habían respirado. Pedro, como un guionista improvisado, desgranaba todo lo que había pasado. Paco lo miraba fascinado. Iban de la mano, sintiendo la piel del uno contra la del otro, creando un vínculo imborrable en su memoria. De aquella noche nadie haría una película, pero ellos sabían que habían sido los verdaderos protagonistas de una historia sin igual y que, después de tanto miedo, aquel paseo era el único premio que de verdad importaba.

Al doblar la esquina, el silencio de la noche se vio interrumpido por el eco de una melodía conocida. Pedro se detuvo un segundo y estrechó el cuerpo de su hijo contra él, sintiendo cómo el amor le rebosaba por dentro, mientras las palabras de Gloria Lasso flotaban en la penumbra:

*“Ya siempre unidos, ya siempre, mi corazón con tu amor. Yo sé que el tiempo es la brisa que dice a tu alma: ven hacia mí, así el día vendrá, que amanece por ti... la luna de miel”.*

Pedro sonrió para sus adentros mientras sentía que los ojos se le humedecían tras las gafas. Había esquivado a la muerte para no faltar a la cita con el mañana de Bonoso y Maximiano. Aquella no era solo una luna de miel; era la función más importante de su vida. Ahora, bajo el cielo estrellado de Arjona, la paz de la madrugada resplandecía sobre un hombre que, por fin, saboreaba el milagro de su propio aliento.